

Mujer: la lucha continúa

Por: Jorge Zavaleta Montes

Hace ya cuarenta años, cada 8 de marzo, se conmemora en gran número de países de distintas partes del mundo el Día Internacional de la Mujer.

Si bien es cierto que las primeras y fundamentales luchas sociales reivindicativas por los derechos de la mujer, aparejadas a distintas fechas conmemorativas, se sitúan sobre todo hacia finales del siglo XIX e inicios del XX, será recién en 1975 cuando, de manera "oficial", las Naciones Unidas instauren una fecha universal de celebración.

Es así que toda diferencia cultural, étnica, nacional, económica, lingüística y política es disuelta en pos de un horizonte integrador y común, donde las mujeres del mundo articulan una sola voz, donde sus corazones laten al mismo ritmo, donde se funden en una sola sus alegrías, penas, demandas y conquistas.

Pero ¿a qué alude exactamente el Día Internacional de la Mujer? A la lucha infatigable y tenaz que ha sostenido la mujer por redimirse del relegamiento histórico de que ha sido objeto por el hombre. Este siempre ha reclamado para sí, exclusivamente, el rol protagónico en los escenarios sociales-mundiales, el escribir solo la Historia, invisibilizando sistemáticamente la capacidad de agencia de la mujer. Pero no solo el hombre ha sido el principal obstáculo de la mujer en el reconocimiento de su protagonismo histórico; ha sido también ella misma su principal carcelaria. Por todo ello, el coraje, valentía, constancia y lucidez de Clara Zetkin, Aleksandra Kolontái, Rosa Luxemburgo, entre otras grandísimas luchadoras-pioneras por los derechos de la mujer, tuvieron (y tienen) un valor imponderable. Encontraron eco en muchas otras mujeres, las despertaron de su prolongado letargo.

Sin embargo, en el concierto mundial actual, a pesar de los grandes avances logrados por la mujer en el terreno de sus derechos (baste recordar que ha estado vedada de ocupar funciones públicas, participar en el sufragio de sus sociedades, de formarse académicamente) las desigualdades de género persisten. Y esta desarmonía se puede percibir con facilidad en lo cotidiano. Y más aún si consideramos que son los medios masivos de comunicación uno de los principales factores del desencuentro entre géneros, pues perpetúan y fomentan los estereotipos machistas sobre la mujer; basta, por ejemplo, pararse en una esquina cualquiera de Lima, observar las imágenes sexistas de los periódicos, incluso, es casi seguro, seremos testigos de algún "piropo" indiscreto infligido a cualquier mujer que transite por ahí.

Entonces no hay que bajar la guardia, ni mujeres ni hombres. Y es en este contexto que la escuela adquiere un rol muy importante, en tanto puede fomentar una educación que apunte a la igualdad de oportunidades entre géneros. Por tanto, es de importancia central que tanto alumnos y alumnas se formen en el principio del respeto, de igualdad ante la ley: en este caso, la igualdad entre sexos. Para ello, por supuesto (es casi una obviedad) el papel de la familia es también determinante; se trata, entonces, de una educación paralela, complementaria y armónica.

El 8 de marzo, por todo lo dicho, es pues un día sumamente importante no solo para la mujer; su lucha significa también la mejora de la condición humana, la expansión de la ciudadanía y la democracia: es, entonces, una apuesta de reivindicación integral y transversal de los derechos del ser humano. Pero un día es insuficiente para recordar el papel esencial que la mujer ha tenido y tiene en el devenir de la vida, en la construcción de un mundo mejor. Un día es mezquino para tan monumental figura. Nunca nos olvidemos de ello.

